



este es el segundo punto que queda claro con este libro—, se cae en la manía tan francesa de culturizarlo todo. La cultura, tal como se entiende desde finales del siglo pasado, y tal como ha sido siempre en la humana sociedad impulsada por la lucha de clases, es una manera de reducir y asimilar cualquier expresión de raíz popular, etiquetándola y envolviéndola convenientemente para que pueda ser incluida en el cerrado discurso de la clase en el poder; ya ha pasado con el "cómic", con la novela popular —ciencia ficción o novela policíaca, por ejemplo— y con el cine, por mor de las necesidades industriales que lo hacían posible, desde su nacimiento, al igual que la música rock. Ahora le toca el turno a la pornografía, discurso maldito entre todos que un puñado de intelectuales guarda y asimila, convirtiendo un material profundamente revulsivo —revulsivo por lo que tiene de poesía salvaje y por su capacidad de despertar las "puissances du rêve", que diría Caillois— en mero lujo cultural burgués. Lo que los serios representantes de la derecha y de la izquierda tradicional no han conseguido con sus aparatos represivos y sus condenas dogmáticas, respectivamente —esto es, anular la pornografía o convertirla en blando "erotismo"—, lo van a conseguir los bienintencionados intelectuales. Evidentemente, esto no es una defensa del irracionalismo, una invitación a la no reflexión. Cualquiera que pueda hacerlo está, desde luego, en su derecho de reflexionar sobre aquello que guste, y la porno-pasión puede tranquilamente convertirse en

porno-reflexión; nadie puede criticarlo, de igual modo que nadie puede criticar el paso del romance al soneto, formas respectivamente plebeya y cortesana de la poesía. Sin embargo, el hecho es así: los intelectuales, portavoces de la clase en el poder, se aprovechan de los fenómenos populares más espontáneos y matan la vida que pueda haber en ellos, cosificándolos.

Los textos están muy bien se-

leccionados, de una manera ecléctica y digamos "distanciada", gracias al buen juicio de Cardín y Losantos. Tenemos así en este libro una visión panorámica de todas las posturas que pueda adoptar la **intelligentsia** francesa y catalana frente al hecho pornográfico, desde la condena hasta la apología, igualmente matizadas ambas.

Ante la "ola de erotismo y pornografía que nos invade"

—como dicen ellos—, este es un libro digno de ser leído y meditado, entre otras cosas porque nos puede hacer ver que el fenómeno pornográfico no es tan terrible, desmoralizador y corrosivo como se puede creer; y que si lo fue en algún momento, está en camino de reformarse, de convertirse en un pasatiempo más y tan divertido como puedan serlo la religión o la política parlamentaria. ■ E. HARO IBARS.

ADIOS A LAS LETRAS

VIVA LA PORNOGRAFIA

La pornografía sirve para escandalizar a la Administración. Vivan, pues, el escándalo y la pornografía.

Otra supuesta pornografía sirve para que gane dinero **Pablo Villamar**, fascista convicto y confeso. Muera esa pornografía, debía uno decir.

Pero, no. Debemos afirmar la pervivencia de la pornografía porque en su nombre se ha perseguido un trozo muy importante de la mejor creación contemporánea. Se nos ha ocultado a **Henry Miller**, se ha silenciado a **Bukowsky**, se ha mutilado a **Alfred de Musset**, se ha ocultado

ahora sólo hay, decía **Edwards**, artículos de escrutinio y novelas anglosajonas de dudosa calidad literaria. La literatura local, por **pornográfica** y **subversiva**, ha sido declarada "persona non grata".

En las estanterías españolas lo que hubo, en realidad, fue una ristra inaguantable de ajos y escapularios, con los que nos defendíamos los niños españoles de cualquier incitación al pensamiento lascivo.

Se han cambiado las tornas. Como todo viene tarde, siguen creyendo que **Miller** es pornografía, leemos a escondidas a **Bukowsky** y asistimos asustados al pánico que padece el país cuando se produce en un escenario madrileño lo que en Londres, por ejemplo, más que erotismo es pura masturbación verbal para turistas empaquetados.

Así que todo está sepultado en lo que los administrativos llamaban antes "pornografía", el producto del contubernio internacional preparado para destruir la moral nacional. Los administrativos tienen poco poder para impedir que se represente, por ejemplo, **Ven a disfrutar**, esa comedia que en su versión inglesa no era otra cosa que una ingenua obrita bien musicada que se incluía indefectiblemente en todas las excursiones nocturnas del turista internacional, que primero se sentía estafado en la sala de fiestas **Talk of the Town** y que luego se sentía engañado ante aquel erotismo de barrio.

Pero, en cuanto funciona la traducción, esos mismos turistas que soportan en Londres lo que el ingenio británico es capaz de idear en inglés, comienzan los denuestos. No hay literatura teatral más pornográfica que aquella que se entiende.

La pornografía es la palabra ideal, el lugar común, la agarradera que toman con descaro incluso aquellos que se sitúan en el espectro izquierdista de la intelectualidad. Avanzan hacia el erotismo con cierto desganado entusiasmo, pero simulan asustarse ante lo que ellos etiquetan de pornográfico. La beatería existió antes. Ahora vuelve a reproducirse. La Administración, encantada, asiste al desprestigio al que se somete el erotismo, cuando su descripción se pone en manos de quienes lo usan torpemente, como para dar la razón a los que persiguen con saña al pornógrafo. ■ SILVESTRE CODAC



"Bárbara", de Pablo Villamar.

lo más brillante de **Samaniego**, se le ha dicho **NO a Anna's Nñ**, se nos negó incluso la lectura escolar de **Pearl S. Buck**.

La pornografía fue siempre la razón penúltima, el mejor argumento administrativo para romper la cultura, agujerearla y meterla para siempre en el ataúd de la consulta previa, de la censura y de la prohibición.

Pornografía eran las ligas en los escaparates, los bañadores en las playas, las crónicas de fútbol de **Cuco Cerecedo**. La propia historia era pornográfica y por eso había que arrebatarla de los escaparates. **Jorge Edwards**, el novelista chileno, recordaba hace unos días en el diario **La Vanguardia**, de Barcelona, que en su país habían desaparecido, con la dictadura de **Pinochet**, las obras de creación de las estanterías: